

Las publicaciones por el Cincuentenario del Instituto Otavaleño de Antropología

2



“

Bolívar Mena Franco, en 1958 ganó el primer premio del Salón “Mariano Aguilera” con su obra “Pueblo de Baños”. En 1961, en el “Salón de Julio”, en Guayaquil obtuvo el primer premio con su obra “Quito en Invierno”.

Nació el 24 de mayo de 1913, falleció en marzo de 1995, a los 81 años, en plena actividad artística.

”

Plutarco Cisneros Andrade
BIBLIOTECA CINCUENTENARIO IOA



INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA

**BOLÍVAR
MENA FRANCO**

Hernán Rodríguez Castelo

Bolívar Mena Franco

Hernán Rodríguez Castelo

Bolívar Mena Franco, pintor y dibujante, es en largos trechos de su trayectoria vital y artística, ibarreño. Lo es un poco menos el grabador, y casi no lo es el escultor.

Puede parecer artificial esta división de su obra en tres cauces, y sin duda lo es. Pero, como lo veremos, nos ayuda a adentrarnos en ella.

El hombre Bolívar Mena Franco, que nutre con su humanidad esas tres epifanías, que, como una trinidad al revés, son una sola persona, nació en Ibarra. Y, aunque suene tautológico, es ibarreño.

Quiero decir que quien no conozca Ibarra, con conocimiento que merezca el nombre de tal y no se quede en la epidermis turística de las nogadas y los helados de paila, perderá mucho del secreto de este artista.

Ibarra es amable y cálida, con un calorcito no menos amable. Y, al menos cuando nació el artista, era recoleta y tranquila. Con sus calles rectas y anchas a menudo desiertas, y siempre limpias -acaso era la ciudad más limpia del Ecuador-, y con los portos-

nes de las casas solariegas abiertos, como invitando al visitante a dar unos pasos por el umbrío acogedor zaguán de fino empedrado hacia patio amplio, generoso, enmarcado por anchos corredores porticados, de piso de ladrillo, hacia los que ascendían fragantes madre selvas desde la fértil cuadrícula.

Decidido a dedicarse de lleno a la pintura, en una hora en que en el país nadie podía vivir de ese oficio, montó taller en los altos de la botica “Pichincha”. Por largos tramos sería profesor o empleado, pero solo a medio tiempo. La otra mitad sería sagrada: para la apasionada ceremonia de pintar y buscar y experimentar. De crear.

Con vago recuerdo del detalle de las piezas expuestas -óleo, dibujo, tintas, cultural de “El Tiempo”, comenzando la crítica por estos dos párrafos de encomio sin encogimiento alguno:

Otra vez la mejor muestra nacional que se exhibe en nuestra ciudad está en “Altamira”: Bolívar Mena Franco.

Bolívar Mena Franco tiene un nombre en la plástica ecuatoriana. Como dibu-

jante, como grabador, en el óleo y la tinta. De un tiempo a esta parte, tras haberse impuesto, sin competencia, en un Salón Nacional de Grabado, se ha dado a trabajar la sustancia, en óleo y tintas, siempre buscando nueva hondura de color y mayor vigor expresivo.

Pero lo que más pinta es retrato. ¡Cuántos y que hermosos retratos salen de su taller de un piso alto de las torres de la Colón! Cuantas veces lo visité allí lo hallé sentado frente al caballete donde en un lienzo tensado con su cuidado característico un retrato recibía las últimas veladuras e iluminados que le dotaban de rica vida interior. El modelo ya no estaba. En soledad dialogaban el creador y su criatura.

Hay quienes vieron esta dedicación al retrato hecho para clientes como derrota del puro y libre creador. Para el artista era otra cosa: haber realizado el sueño acariciado desde la juventud de vivir libre, dedicado solo a pintar. Y a pintar algo que siempre le fascinó: dar vida en la tela al retratado: llegar a últimos reductos de ese yo que tiene como disfraz de mascarada o armadura

de defensa del enemigo exterior la piel.

Esta ha sido una suma más bien breve -a pesar del medio centenar de páginas- de Bolívar Mena Franco, el pintor de soberbio oficio, el dibujante fino y certero y el grabador innovador y dominador de los secretos del metal, los ácidos y las prensas. Y algunas veces, más bien pocas, el escultor que sacaba alguna de sus criaturas a ese espacio que las sugerencias volumétricas de óleo, dibujo y grabado parecían exigir y preparar.

Pudo haber sido, como en su lugar lo hemos insinuado, uno de los mayores muralistas mezquina con él.

Orgullo de Ibarra -y por ello la Biblioteca Cincuentenario del Instituto Otavaleño de Antropología -cuya autoría y dirección corresponden a Plutarco Cisneros Andrade- le dedica este volumen-, su creación artística fue invaluable aporte de esa tierra rica y amable al imaginario del país en el siglo XX, que recorrió en larga segunda mitad creando sin descanso ni desfallecimiento. La carne podía desfallecer; no el espíritu.

Plutarco Cisneros A.
Y SU BIBLIOTECA
CINCUENTENARIO IOA

La bibliografía de Rodríguez Castelo en el campo del arte ecuatoriano es vasta e importantísima, decisiva para un justo conocimiento y valoración de esta manifestación del genio del hombre ecuatoriano.

Es, además, un severo crítico y estudioso de las bellas artes, en las que ha cubierto y descubierto a figuras importantes de la plástica ecuatoriana en obras como las dedicadas a Eduardo Kigman, Leonardo Tejada, Oswaldo Viteri,

Franklin Ballesteros, Los cuatro mosqueteros: Iza, Jácome, Román y Unda, Panorama del arte ecuatoriano, Arte sacro contemporáneo del Ecuador, y la última, a Bolívar Mena Franco, pintor ibarreño, que fue el homenaje más serio y perdurable en ocasión del centenario de su nacimiento. A ellos ha de añadirse su Libro digital: Siglo XX. Un siglo de libros y de cine y de artes visuales y musicales.